

LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Ángel Herrerín López

1. El detonante

El 28 de junio de 1914, un joven nacionalista serbio de 19 años, Gavrilo Princip, vinculado a la organización clandestina “Mano Negra” asesinaba en Sarajevo al heredero del trono austro-húngaro archiduque Francisco Fernando y a su esposa, la duquesa Sofía Chotek. El 23 de julio, es decir, casi un mes después del atentado, Austria-Hungría daba un ultimátum de 48 horas a Serbia para que reconociera su participación en el asesinato, permitiese que su policía investigase en territorio serbio y prohibiera la existencia de organizaciones nacionalistas como la responsable del asesinato. Cinco días más tarde Austria-Hungría declaraba la guerra a Serbia ante la negativa de ésta a aceptar tan humillantes condiciones. El 30 de julio, Rusia, en apoyo a Serbia, movilizó sus tropas, acción que implicaba la declaración de guerra a Austria-Hungría. Al día siguiente, Alemania, que tenía firmado un pacto con Austria-Hungría, exigió a Rusia la detención de sus ejércitos, pero la negativa del Zar, Nicolás II, supuso la movilización del ejército alemán y, en consecuencia, la declaración de guerra entre Alemania y Rusia. Francia, que tenía un acuerdo con Rusia, movilizó sus tropas. El 3 de agosto Alemania declaró la guerra a Francia, y su ejército comenzó a invadir Bélgica. Gran Bretaña, aliada de Rusia y Francia, se veía además comprometida por un acuerdo con Bélgica como defensora de su libertad firmado en 1839, así que Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania. En los días siguientes, Austria-Hungría declaraba la guerra a Rusia, Francia y Gran Bretaña.

Aunque el atentado del heredero al trono de Austria-Hungría ha sido considerado como el detonante que provocó la Primera Guerra Mundial, y los acontecimientos producidos en cascada señalados más arriba pueden ser considerados como las causas próximas del conflicto, es necesario analizar una serie de causas profundas que se encuentran en el origen de la que ha sido denominada como la “Gran Guerra”.

2. Causas profundas y antecedentes diplomáticos

La guerra fue el resultado final de varias causas: el enfrentamiento permanente entre los imperios, el sistema de alianzas entre potencias y el alevino nacionalista en que se habían convertido los Balcanes, que provocó, como hemos visto, una reacción en cadena de movilizaciones de tropas y declaraciones de guerra.

Europa, a finales del siglo XIX y principios del XX, concentraba el mayor poder económico y militar del planeta. La revolución industrial, iniciada en Inglaterra, se había extendido por el continente, mientras que la economía funcionaba conectada en todo el mundo. El fuerte desarrollo económico y científico de la época estaban íntimamente ligados con el desarrollo del imperialismo. Los países industrializados necesitaban la importación de materias primas y la exportación de sus artículos para mantener su crecimiento económico, pero también la colocación de los excedentes de capital para obtener mayores beneficios. En el contexto internacional, Gran Bretaña era el imperio más poderoso con una superioridad militar indiscutible en el mar. Aunque Alemania, con un fuerte crecimiento económico, reclamaba una posición destacada en el expansionismo colonial. La necesidad de cada potencia de hacerse con nuevos mercados, controlar una serie de territorios que le permitiera mantener su desarrollo económico y ponerlos a salvo de posibles intervenciones de otros países provocó el incremento de la industria de guerra y dio lugar a un fuerte militarismo en los países imperialistas. De hecho, en el cambio de siglo se produjeron varios enfrentamientos en los que el problema colonial se encontraba entre las causas principales: la guerra de los Boers, en Sudáfrica –entre los colonos neerlandeses y el Imperio Británico–, en la que el litigio era las minas de oro y diamantes; y la guerra de los boxers en China, levantamiento con un fuerte cariz antioccidental –anticolonial– motivado por las injusticias que sufría la población.

Por otro lado, dos nuevas naciones irrumpían con fuerza en el colonialismo internacional: EE.UU. y Japón. Estados Unidos venció a España en una guerra desigual en 1898, arrebatándole las colonias de Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam; por su parte, Japón derrotó a Rusia en 1905, en el primer gran enfrentamiento entre grandes potencias desde 1870. La victoria japonesa, al tiempo que supuso una sorpresa para el mundo occidental, significó el comienzo de la expansión del país nipón por el continente asiático, que tuvo una de sus primeras manifestaciones en la ocupación de Corea en 1910. Para Rusia, la derrota supuso el inicio de importantes revueltas que preparaban la revolución de 1917. En este contexto, Alemania inició, en 1898, la construcción de una escuadra que le permitiera competir con la inglesa, circunstancia que puso en alerta al resto de países y generó toda clase de recelos y rivalidades con Gran Bretaña.

Este imperialismo, con su consiguiente carrera armamentística y la desconfianza que generaba, facultó la organización de alianzas con el objetivo de dar cierta estabilidad al sistema ante la inexistencia de organismos internacionales que mantuviera el equilibrio existente. El fuerte desarrollo económico alemán y su consiguiente expansión en África llenaron de reticencias no sólo a los ingleses, sino también a los franceses, que no olvidaban la pérdida de Alsacia y Lorena anexionadas por Alemania en la guerra de 1871. En consecuencia, el canciller alemán, Otto Von Bismarck, antes de su retiro en 1890, quiso asegurar la unidad y prosperidad alemana –para lo que era necesaria la paz en el continente– mediante la constitución de una alianza militar con Austria-Hungría, a la que se sumó Italia en 1882. Esta Triple Alianza acordó que si uno de los países firmantes entraba en guerra con otras potencias, los otros le apoyarían en el conflicto. Bismarck alcanzó otro acuerdo con Rusia, enemiga de Austria-Hungría en los Balcanes, para asegurar aún más esta paz tan necesaria a sus intereses. Sin embargo, tras el retiro del gran estadista, los alemanes abandonaron este último pacto, circunstancia que fue aprovechada por Francia para llegar a una alianza con la Rusia zarista en 1894.

A principios de siglo, en pleno desarrollo económico y militar alemán, ingleses y franceses abandonaban sus contenciosos coloniales y, ante el empuje germano, firmaban una “entente cordiale” que, aunque no aseguraba su implicación en caso de conflicto bélico, estrechaba sus relaciones. Además Francia facilitó la aproximación entre Gran Bretaña y Rusia, que en 1907 firmaban en San Petersburgo una “entente” que limitaba sus esferas de influencia en Persia y Afganistán. Así que el doble acuerdo franco-ruso y anglo-ruso facultó la actuación conjunta de los tres países en lo que se denominó la Triple Entente. A diferencia de la Triple Alianza, los países de la Entente no adquirieron ningún compromiso en caso de conflicto bélico. Por su parte, Italia se fue alejando del acuerdo firmado con Alemania y Austria-Hungría, y acercándose a Francia e Inglaterra, con el objetivo de salvaguardar sus intereses en el Mediterráneo. Por tanto, al inicio de la segunda decena del siglo xx, el sistema de alianzas dividía a Europa en dos bandos: por un lado, Alemania y Austria-Hungría; y, por otro, la Entente entre Gran Bretaña, Francia y Rusia.

Esta situación suponía que cualquier incidente, independiente de su magnitud, fuera tomado como una prueba de fuerza por los dos grupos y, en consecuencia, susceptible de convertirse en un enfrentamiento armado de grandes proporciones. La situación fue especialmente peligrosa en el dominio de Marruecos, con una política alemana agresiva que intentaba debilitar el entendimiento entre Francia y Gran Bretaña mediante el ataque a los intereses coloniales franceses; pero también en los Balcanes, donde los nacionalismos imperantes incitaban al enfrentamiento entre Rusia y Austria-Hungría.

En Marruecos hubo dos crisis; en la primera el kaiser Guillermo II de Alemania pronunció un discurso en Tánger, dentro de una visita al sultanato alauíta en 1905, en la que defendió la independencia de Marruecos frente a los

intereses coloniales de Francia y España, y reclamó la libertad de comercio en la zona. A requerimientos de Alemania, se convocó una conferencia internacional en Algeciras, en enero 1906, donde los alemanes intentaron frenar la expansión francesa en la zona. Sin embargo, el Acta de Algeciras, firmada en el mes de abril, aceptaba la división del territorio marroquí entre Francia y España, con el beneplácito del resto de potencias europeas. Alemania, que sólo contó con el apoyo de Austria-Hungría, veía sus intereses doblegados, con la única satisfacción de contar con una política de “puertas abiertas” en territorio marroquí. La actuación alemana había conseguido lo contrario de lo que pretendía: que Gran Bretaña estrechara sus lazos con Francia, cuyos intereses defendió en todo momento durante la conferencia.

En 1911, la entrada de la cañonera alemana *Panther* en Agadir por el incumplimiento de los acuerdos de Algeciras –en concreto argüían la ocupación de las ciudades imperiales de Fez y Meknés por los franceses–, provocó otra situación extremadamente peligrosa. La crisis se superó con el reconocimiento por parte de Alemania de los derechos coloniales de Francia en Marruecos, a cambio de concesiones territoriales en el Congo francés. Los recelos ante el expansionismo alemán crecían en Francia y Gran Bretaña, lo que facilitaba el estrechamiento de relaciones entre ambos países.

En los Balcanes, el nacionalismo serbio salía en defensa de los eslavos que vivían dentro de los imperios austro-hungaro y otomano. Por su parte, Rusia, que había visto cortada su expansión en Oriente por la humillante derrota ante Japón en 1905, había vuelto su mirada hacia Europa, en concreto a los Balcanes, donde, además de tener sus propios intereses, apoyaba a Serbia, motor nacionalista de los eslavos del sur, lo que amenazaba la integridad del Imperio Austro-Húngaro. En 1908, Austria-Hungría se anexionaba Bosnia-Herzegovina, con lo que desbarataba las pretensiones serbias. Rusia, tremendamente debilitada por su derrota en Oriente y los conflictos internos, no pudo apoyar en esta circunstancia a Serbia, por lo que ambos países tuvieron que aceptar la fuerza de los hechos.

En 1912, las reivindicaciones de Grecia, Serbia y Bulgaria sobre Macedonia enfrentaron a estos países con Turquía, que en esos momentos se encontraba en guerra con Italia por Trípoli y las islas del Dodecaneso. Turquía fue vencida fácilmente, pero surgieron diferencias entre los vencedores a la hora del reparto. Así que en 1913, explotó la segunda guerra de los Balcanes. Grecia y Serbia declaraban la guerra a Bulgaria, que pretendía agrandar la zona obtenida en Macedonia. Rumanía y Turquía vieron la oportunidad de recuperar posiciones y se unieron a la guerra contra Bulgaria. El Tratado de Bucarest de 1913 certificaba la derrota de Bulgaria; y la consiguiente ocupación por parte de Rumanía de antiguos territorios en litigio, mientras que Grecia y Serbia se repartían Macedonia. De todas formas, Serbia, a pesar de las ventajas territoriales obtenidas, veía frustrados sus intentos de obtener una salida al mar, pues si bien había ocupado Albania durante el conflicto, en la paz tuvo

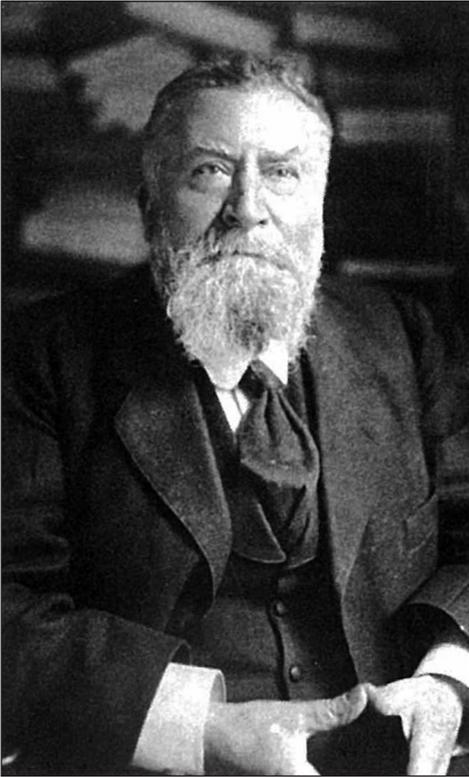
que aceptar la constitución en este país de un reino independiente, condición impuesta por las potencias y que reforzaba la posición austro-húngara. Después de esta segunda guerra, nadie estaba verdaderamente satisfecho de su resultado: Austria-Hungría, porque veía el engrandecimiento de Serbia; ésta porque no había conseguido lo que se proponía; y Rusia porque, nuevamente, su apoyo al expansionismo serbio se había visto mancillado por la victoria diplomática austro-húngara. En fin, el equilibrio entre Rusia y Austria-Hungría se rompía con la fuerte conflictividad en la zona de los Balcanes, consecuencia del nacionalismo imperante.

Los Balcanes se convirtieron en el polvorín de Europa en un momento en el que otros asuntos de mayor calado, como hemos visto, estaban latentes. El asesinato del heredero del trono de Austria-Hungría, el archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, en junio de 1914, fue la chispa que condujo al continente europeo a un conflicto bélico que, con el paso del tiempo, llegó a tener una dimensión mundial.

3. La oposición a la guerra

La reacción en cascada de las potencias ante la declaración de guerra de Austria-Hungría a Serbia no se puede entender como un deseo irrefrenable de las potencias a enfrentarse en un conflicto armado. De hecho, en los primeros momentos hubo intentos diplomáticos que pretendieron desactivar la tensión. Alemania intentó frenar a Austria-Hungría, al tiempo que Francia hacía lo propio con Rusia, mientras que Gran Bretaña promovía la realización de una conferencia internacional para buscar una salida al conflicto. Pero las posiciones intransigentes de Austria-Hungría y Rusia arrastraron al resto de potencias a una guerra que desde hacía tiempo era motivo de discusión en cada uno de los países. Se puede decir que aunque la inmensa mayoría de la gente quería la paz, desde hacía años se veía la guerra como un hecho irremediable.

La oposición más importante a la guerra provino desde las filas socialistas. Los partidos socialistas se habían integrado paulatinamente en la estructura de los países nacionales, por lo que, llegado el conflicto, sus militantes tuvieron que enfrentarse a la difícil tesitura de decidir entre las bases ideológicas y la llamada de la nación. No faltaron las advertencias en contra de la guerra realizadas por líderes socialistas europeos en sus diferentes países. Advertencias que recogió la II Internacional en el congreso celebrado en Stuttgart, en 1907, donde señalaba su oposición a cualquier conflicto armado. Entre los líderes socialistas más activos en contra de la guerra cabe destacar al francés Jean Jaurès, posición que le costó la vida a manos de un nacionalista francés en París en julio de 1914. De todas formas, a pesar de la oposición de los socialistas, los obreros franceses no podían abstraerse de su nacionalismo, y no olvida-



El líder socialista francés Jean Jaurès

ban la afrenta de Alsacia y Lorena en poder de Alemania. Circunstancias que no fueron ajenas al partido socialista francés según avanzaban los acontecimientos; de hecho sus dirigentes Guesde y Vaillant, en un principio contrarios a la guerra, formaron parte del gobierno de unidad francés para afrontar el conflicto en agosto de 1914.

En Alemania, el enfrentamiento entre los miembros del Partido Socialista Alemán (SPD) fue en aumento según evolucionaban los acontecimientos y el desarrollo económico y la expansión colonial de su país se hacían patentes. Así, en los años previos al conflicto, sólo una minoría, entre los que se encontraban Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, se opusieron tajantemente a la guerra, mientras que sus compañeros de partido y la masa obrera, en general, eran proclives al orgullo nacional que invadía la sociedad alemana. El SPD se opuso en diferentes congresos de la Internacional Socialista a convocar la huelga general en su país si se declaraba la guerra. Con el inicio de la contienda los sindicatos alemanes hicieron fe explícita de su deber

nacional y los socialistas alemanes mostraron su apoyo al gobierno.

En Inglaterra, los laboristas proclamaron su oposición a la guerra y votaron en contra de los presupuestos destinados al conflicto en el Parlamento. Sin embargo, la mayoría de los obreros británicos hicieron rectificar a sus líderes y apoyaron el inicio de la contienda. Los laboristas entraron en el gobierno a finales de 1916. En definitiva, los sentimientos nacionalistas en toda Europa se impusieron a los planteamientos socialistas, y, llegado el momento, los trabajadores de todo el mundo ocuparon su puesto en la trinchera del patriotismo y abandonaron la de la unidad de clase.

4. El desarrollo de la contienda

Cinco potencias distribuidas en dos bandos comenzaron el conflicto: por un lado, las potencias centrales, Alemania y Austria-Hungría; por el otro, los aliados con Francia, Gran Bretaña y Rusia. En los meses y años siguientes se

fueron incorporando países que dieron a la guerra un carácter mundial. En el mismo mes de agosto de 1914, Japón entraba en el bando de los aliados; mientras que Turquía hacía lo propio en el de los países centrales en octubre del mismo año; al igual que Bulgaria, en septiembre del año siguiente. En mayo de 1915, Italia ingresaba en el bando aliado, mientras que en marzo y agosto de 1916 lo hacían Portugal y Rumanía, respectivamente. La decisiva entrada en el conflicto de EE.UU. tuvo lugar en abril de 1917, y dos meses después Grecia completaba la nómina de países adheridos a los aliados. El resto de los países europeos mantuvieron la neutralidad. España fue uno de ellos, aunque la sociedad española mostró sus preferencias. En general, las fuerzas conservadoras se posicionaron a favor de las potencias centrales, mientras que los progresistas apoyaron a los aliados. Los socialistas se situaron, en un principio, en contra de la guerra, aunque durante el desarrollo de la contienda se inclinaron, mayoritariamente, al lado de Francia e Inglaterra como defensores de la democracia, pero también porque veían en su victoria la lucha por la libertad de los pueblos oprimidos y porque en su seno llevaban, según defendían, el germen de la revolución.

La posición de Alemania entre dos países enemigos, Francia y Rusia, la hacía partir con cierto grado de inferioridad al tener dos frentes abiertos a ambos extremos de sus fronteras. El Estado Mayor alemán ya había reflexionado sobre esta circunstancia en fecha tan temprana como 1892. El Plan Schlieffen, que tomaba el nombre del jefe del alto mando militar alemán en aquel momento, preveía un ataque rápido contra Francia a través de Bélgica y Luxemburgo que hiciera capitular al país galo en poco tiempo para, de este modo, atender en exclusiva el frente ruso. Alemania puso en marcha el Plan Schlieffen en agosto de 1914. La penetración de las tropas alemanas en Francia por Bélgica y Luxemburgo fue muy rápida, y en pocos días llegaban al río Marne, próximo a París. Este avance tan fulminante hizo pensar al responsable militar alemán, general Moltke, que había conseguido una ventaja definitiva en el frente occidental y, en consecuencia, decidió trasladar efectivos al frente oriental, donde los rusos avanzaban. Sin embargo, el general francés Joffre, con el apoyo de fuerzas inglesas, contraatacó y logró estabilizar el frente. La victoria franco-inglesa en la batalla del Marne, entre el 5 y el 12 de septiembre, significó la retirada de los alemanes hasta el río Aisne, en Lorena. Los dos ejércitos se dirigieron en una marcha apresurada hacia el mar, con la idea de ocupar los principales puertos de la costa. Esta circunstancia provocó la construcción de una larga línea de trincheras que iba desde el Mar del Norte a Suiza, donde quedaron parapetados e inmovilizados los dos ejércitos durante casi cuatro años.

En el frente oriental, los rusos lograron penetrar en Prusia, pero la llegada de efectivos alemanes desde occidente facultó las victorias alemanas en las batallas de Tannenberg, en agosto, y de los Lagos Masurianos, al mes siguiente, con lo que Prusia quedó liberada. El ejército ruso logró avanzar más al sur, en Galitzia, pero un contraataque posterior de las fuerzas centra-

les estabilizó el frente. Por su parte, los serbios lograron detener la invasión austro-húngara. Es decir, que el frente oriental también quedó estabilizado. La guerra de movimientos había dado paso a una guerra de posiciones, donde las trincheras se convirtieron, con el paso del tiempo, en la imagen de la Gran Guerra para las generaciones venideras.

En agosto, Japón había entrado en guerra contra Alemania, con el fin de apoderarse de sus zonas de influencia en China y sus colonias en el Pacífico –las islas Marshall y las Carolinas–, pero también para extender su dominio en el Lejano Oriente. En enero de 1915, convertía a Manchuría y China del norte en su protectorado. Pocos meses antes, en octubre de 1914, barcos turcos bombardeaban puertos rusos en el Mar Negro. Los aliados declaraban la guerra a Turquía que, de esta forma, equilibraba la balanza al unirse a las potencias centrales y creaba una preocupación añadida a Inglaterra por su proximidad a los dominios ingleses de Egipto y la India. Así que en 1915 la guerra ya se había mundializado.

La batalla en el mar, que sería determinante para la entrada de EE.UU. en la contienda, había provocado las primeras escaramuzas entre unidades de las dos armadas más poderosas, la inglesa y la alemana. Gran Bretaña patrullaba las costas alemanas con el objetivo de evitar la entrada de cualquier tipo de mercancías. Esta situación provocó las primeras quejas de países neutrales, entre ellos EE.UU., que defendían el derecho de libre comercio en los mares de productos que no tuviesen una utilidad militar.

Los ejércitos aliados atacaron en las zonas de Champagne y Artois, pero no obtuvieron resultados apreciables. Aunque sí cosecharon un importante éxito diplomático al sumar a Italia a su bando, previa promesa de importantes concesiones territoriales una vez acabada la guerra, según un acuerdo secreto firmado en Londres. La entrada de Italia en la contienda era importante pues abría un nuevo frente al sur de Austria-Hungría. Las potencias centrales compensaron el desequilibrio con la inclusión de Bulgaria, a quien se prometió, igualmente, beneficios territoriales.

Alemanes y austro-húngaros decidieron atacar la parte más débil del bando aliado: Rusia. Allí concentraron, desde la primavera de 1915, su esfuerzo bélico, y fueron ocupando lugares como Galitzia, Polonia y Lituania, llegando hasta las puertas de Ucrania. Además de las pérdidas territoriales, el ejército ruso había sufrido la baja de cerca de 2 millones de hombres, entre muertos, heridos y prisioneros, al tiempo que empezaban a escasear el armamento y los víveres. Los aliados, con la idea de conectar con los rusos y aliviar su situación, lanzaron una fuerte ofensiva en Turquía, que tuvo su punto más importante en la península de Gallípoli, en abril de 1915. Allí desembarcaron cerca de 450.000 hombres, en su mayoría de nacionalidad australiana y neozelandesa. El resultado de la operación fue un auténtico fracaso pues, además de no conseguir el objetivo, 150.000 hombres murieron o resultaron heridos tras más de ocho meses de infructuosa batalla. A finales de 1915, los

ejércitos centrales ocupaban Serbia, Montenegro y Albania, mientras que Bulgaria entraba en Macedonia.

Por su parte, los submarinos alemanes, en respuesta a la actuación de la armada inglesa, comenzaron el bloqueo de las islas británicas en febrero de 1915. En mayo, el barco de pasajeros Lusitania, que hacía el recorrido entre N. York y Liverpool, fue hundido con el resultado de cerca de 1.200 pasajeros muertos, de los cuales más de un centenar eran de nacionalidad estadounidense. El presidente norteamericano, Woodrow Wilson, advirtió a los alemanes de que cualquier otro acto de esta naturaleza sería considerado por su país como “deliberadamente inamistoso”. Los alemanes rectificaron y durante dos años utilizaron sus submarinos de forma más restringida.

A pesar de los grandes avances de las potencias centrales en el frente oriental, ambos bandos sabían que la batalla definitiva se iba a producir en la zona occidental. Los alemanes atacaron, en febrero de 1916, Verdún, fortaleza que fue confiada al general Petain, quien acuñó el famoso “no pasaran” –lema utilizado durante la guerra civil española en el Madrid republicano ante el ataque de las fuerzas rebeldes dirigidas por Franco–. Los bombardeos de la artillería y los ataques de la infantería alemana fueron constantes durante los seis meses que duró el asedio. La resistencia de Verdún se convirtió en un emblema del nacionalismo francés, y desempeñó un importante papel psicológico entre los combatientes galos. De todas formas, las pérdidas fueron excepcionales para ambos bandos, pues sufrieron cerca de medio millón de bajas cada uno. Los aliados diseñaron un fuerte ataque en el río Somme, con el objetivo de aliviar el cerco sobre Verdún, aunque los planes tuvieron que ser aplazados. Cuando comenzó la batalla del Somme, en el mes de julio, los bombardeos de la artillería aliada se combinaron con la utilización de carros de combate ingleses y oleadas de soldados de infantería. En los cuatro meses que duró la batalla, los ejércitos aliados sólo lograron avanzar unos pocos kilómetros, aunque las bajas fueron también excepcionales: cerca de 500.000 soldados alemanes y unos 600.000 entre franceses e ingleses. El frente occidental continuaba estancado. Sin embargo, las tropas rusas iniciaron, en junio de 1916, un fuerte ataque en el frente oriental, que obligó a los alemanes a retirar tropas de Verdún, lo que supuso el principio del fin del cerco sobre la ciudad francesa. A pesar del rápido avance de los rusos, que lograron hacer más de 400.000 prisioneros alemanes, un duro contraataque les hizo replegarse y perder cerca de un millón de combatientes.

Entretanto, la guerra en el mar continuaba sin grandes batallas navales hasta el enfrentamiento en Jutlandia. La lucha entre las escuadras de Alemania y Gran Bretaña tuvo lugar enfrente de las costas de Dinamarca el 31 de mayo y el 1 de junio de 1916. La mayor batalla naval de la Primera Guerra Mundial no tuvo un vencedor claro, con lo que el poderío inglés en el mar continuaba en pie y, lo que era peor para Alemania, con el bloqueo que tanto daño estaba haciendo a su economía.

Pero la guerra también se decidía en las maniobras diplomáticas que ambos bandos pusieron en marcha desde prácticamente el inicio de la contienda. Aliados y países centrales no perdían la ocasión de dirigirse a los grupos descontentos que se encontraban en los territorios controlados por el bando enemigo. Los aliados ofrecían la independencia a las minorías nacionalistas que poblaban los territorios del imperio austro-húngaro. Los ingleses provocaron, con el famoso coronel T.E. Lawrence –“Lawrence de Arabia”–, una insurrección de las tribus árabes contra el imperio otomano; lo que no les impidió prometer, en la nota de Balfour de 1917, la constitución de una nación judía en Palestina. Por su parte, Alemania prometía una Polonia independiente, incitaba el nacionalismo ucraniano y promovía la insurrección en Egipto o apoyaba a los irlandeses contra Inglaterra y a los argelinos contra Francia. Hasta buscaba apoyos más allá del Atlántico, en las mismas puertas de EE.UU. El secretario de Estado alemán para Asuntos Extranjeros, Arthur Zimmermann, envió un telegrama, en enero de 1917, a la legación alemana en Ciudad de México en el que se informaba al presidente del país azteca que si EE.UU. entraba en guerra con Alemania, ésta apoyaría a su país para que recuperara las pérdidas territoriales del conflicto que en 1848 había mantenido con su vecino del norte. El telegrama, que fue enviado también al embajador alemán en Washington, fue interceptado y publicado por los periódicos estadounidenses, causando una fuerte preocupación en la opinión pública norteamericana. A pesar de todo, el pueblo estadounidense, según interpretaban sus dirigentes, no quería entrar en guerra. Así lo entendió Wilson cuando en su reelección, en noviembre de 1916, prometió mantener a EE.UU. al margen de la contienda. De hecho, el presidente norteamericano protagonizó dos intentos de paz en el cambio de año, una solución al conflicto en la que todos los implicados pudieran salvar su honor, “una paz sin victoria”. Pero tanto aliados como potencias centrales quisieron imponer unas condiciones tan sumamente duras al contrario que impidieron cualquier tipo de acuerdo.

A estas alturas del conflicto lo cierto era que los largos años de guerra hacían mella tanto en los principales dirigentes como en la población. El emperador Carlos I de Austria, durante 1917, realizó varios contactos con Francia para lograr una paz por separado para el Imperio. Las conversaciones se realizaron a través del Príncipe Sixto Borbón de Parma, cuñado del emperador austriaco, y entre las cláusulas del armisticio figuraban la devolución de Alsacia y Lorena a Francia y la independencia de Bélgica. El primer ministro francés, Georges Clemenceau, hizo públicas las negociaciones ante las declaraciones del ministro de exteriores austriaco, Ottokar von Czernin, en las que aseguraba que era Francia la que había solicitado el inicio de las conversaciones. Estas revelaciones colocaron al emperador Carlos en una situación muy delicada ante su aliado, el kaiser Guillermo II, a quien tuvo que hacer declaración pública de lealtad.

En Alemania también surgían cada vez más voces que abogaban por el fin de la guerra. Hasta organizaciones que, en un principio, habían defen-

dido por amplia mayoría el inicio de la contienda, ahora se enfrentaban en significativas disensiones. Así dirigentes del Partido Socialista Alemán exigían la vuelta al objetivo revolucionario y la oposición a la guerra, lo que provocó, en abril de 1917, su escisión. El nuevo Partido Social Democrático Independiente (USPD), cuyo primer presidente fue Hugo Haase, contó con la adhesión de los “espartaquistas” –que tomaban el nombre de Espartaco, el esclavo que se levantó contra el Imperio Romano–, Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Entre las pretensiones del nuevo partido figuraba el fin de la contienda sin ningún tipo de beneficios territoriales para Alemania.



La guerra fue recibida con entusiasmo nacionalista

Al mismo tiempo, en diversas ciudades germanas se realizaron huelgas para protestar por la escasez de alimentos. Manifestaciones que tuvieron un repunte durante 1918 en las principales ciudades de Alemania y Austria-Hungría, donde las exigencias de paz se mezclaban con llamamientos a la revolución y, en el caso del imperio austro-húngaro, con reivindicaciones nacionalistas. Hay que tener en cuenta los acontecimientos que estaban sucediendo en Rusia, donde la revolución protagonizada por los bolcheviques cambió ya no sólo la evolución de la guerra, sino el mundo en las décadas siguientes.

5. La revolución Rusa

5.1. *El fin del imperio zarista*

A finales del siglo XIX, Rusia era un país atrasado en relación con el resto de Europa. Su sistema político seguía siendo el absolutismo, mientras que sus estructuras sociales y económicas se encontraban anquilosadas por la rémora del pasado. Rusia era predominantemente agrícola. Los campesinos representaban el 80% de la población, pero la tierra estaba en manos de una nobleza que mantuvo al campesinado en un régimen de servidumbre hasta que, en 1861, el zar Alejandro II la abolió. Junto a su liberación, los campesinos recibieron una parte de la tierra que habían trabajado durante largos años, por la que tuvieron que pagar importantes cargas a los señores. Esta situación no significó un cambio importante en las vidas de los campesinos, que siguieron dominadas por la escasez y la miseria, por lo que muchos de ellos emprendieron el camino hacia las ciudades donde se estaba desarrollando una industria incipiente.

En las dos últimas décadas del siglo XIX, Rusia se fue industrializando con la ayuda de una fuerte presencia de capital extranjero. La industrialización implicó transformaciones económicas y sociales similares a las acontecidas en otros lugares de Europa, así la población asalariada fue en aumento y los obreros rusos tuvieron que soportar las mismas largas jornadas de trabajo o el cobro de salarios mínimos. Sin embargo, hubo una cuestión que difirió del resto del continente: la importante concentración de trabajadores que se dio en las fábricas rusas. Casi la mitad de los obreros trabajaban en empresas de más de 500 operarios, ambiente que favoreció la rápida conciencia de clase de este nuevo proletariado. Otra circunstancia, que la diferenciaba en esos momentos de Europa, era la falta de derechos sindicales y de huelga, por lo que cualquier protesta, y la consiguiente represión, implicaba graves enfrentamientos con empresarios y poderes públicos.

El zar Nicolás II, que accedió al trono en 1894, dirigía el país de forma absolutista, apoyado en un gran ejército y en la iglesia ortodoxa. El zar estaba en contra de cualquier cambio que implicara una merma de sus poderes, por lo que no aceptaba ningún tipo de control ni de representación política. En los años de cambio de siglo, aparecieron grupos opositores al zarismo desde diferentes estamentos de la sociedad. La primera oposición vino del medio rural, donde los anarquistas promovían el cambio en la estructura de la propiedad agraria y la transformación de la sociedad, apoyándose, en más de una ocasión, en acciones violentas. En 1901, se fundó el partido Social Revolucionario, que defendía principalmente los intereses de los campesinos, a quienes señalaba como sujetos de la futura revolución.

Por su parte, los obreros de las ciudades tuvieron en el partido Social Demócrata, constituido en 1898, su principal baluarte. Los socialdemócratas pensaban, de acuerdo con las ideas de Marx, que el proletariado urbano era la auténtica clase revolucionaria, aquella que estaba llamada a dirigir la sociedad que nacería tras el fin del capitalismo. En 1903, el partido Social Demócrata quedó dividido en dos fracciones, la bolchevique (mayoría) y la menchevique (minoría); aquella revolucionaria, ésta más moderada. Entre los bolcheviques se encontraba Vladimir Ilich Uliánov, más conocido por Lenin, que se convirtió en el principal dirigente de esta fracción. Lenin defendía la actuación de una minoría muy concienciada que dirigiera el partido en su cúspide de forma autoritaria, mientras que los mencheviques apostaban por un partido más amplio y menos centralizado. Los bolcheviques querían llevar a cabo una revolución socialista e implantar la dictadura del proletariado, mientras que los mencheviques estaban dispuestos a colaborar con liberales y demócratas para realizar los cambios necesarios en la sociedad.

Tanto el partido Social Revolucionario como el Social Demócrata actuaban en la clandestinidad, y sus militantes solían ser jóvenes intelectuales que pertenecían a las clases alta y media. Si en Europa, la legalización de los partidos socialistas había facilitado su integración en el sistema democrático, en Rusia, su clandestinidad ayudó al triunfo de las posiciones más extremistas, defensoras de la vía revolucionaria. Por último, dentro de la oposición al régimen zarista, se constituyó, en 1905, el partido Constitucional Demócrata (KD) –los “cadetes”–, partido liberal que estaba formado por la burguesía de la ciudad junto con los terratenientes, y cuyo objetivo fundamental era la constitución de un parlamento elegido por sufragio.

5.2. *La revolución de 1905*

Las causas fundamentales que provocaron la revolución de 1905 hay que buscarlas, por un lado, en la difusión de las ideas socialistas y liberales a través de la propaganda realizada por los partidos políticos que exigían una sociedad más justa y democrática; por otro, estaban las protestas de campesinos y obreros que reclamaban mejoras en su calidad de vida. Por último, las derrotas sufridas por el ejército ruso en su guerra colonialista contra Japón, en 1905, actuaron como desencadenante de la situación.

Los obreros rusos recopilaron una serie de peticiones que pretendían hacer llegar al Zar en persona. En un domingo de enero de 1905, una manifestación de 200.000 ciudadanos se dirigió hacia el Palacio de Invierno en San Petersburgo, residencia oficial de los zares. Los trabajadores solicitaban la jornada de 8 horas, el incremento del salario, la sustitución de funcionarios corruptos y la formación de una asamblea constituyente elegida democráticamente.

El ejército ruso que custodiaba el palacio disparó contra la multitud causando la muerte a unas trescientas personas e hiriendo a más de mil. Esta jornada se conoce como el “domingo sangriento”, y fue el inicio de una serie de huelgas y levantamientos revolucionarios que comenzaron en San Petersburgo y se extendieron por todo el país.

El partido Social Demócrata, en estos momentos con mayoría menchevique, organizó soviets (consejos) de trabajadores en las principales ciudades y promovió una huelga general que se extendió por el país. Por su parte, los dirigentes del partido Social Revolucionario capitaneaban la ocupación de tierras que llevaron a cabo los campesinos. A su vez, los “cadetes” apoyaban el movimiento con la esperanza de lograr sus aspiraciones liberales. Ante la grave situación creada, el zar prometió la concesión de libertades, la promulgación de una constitución y la creación de una дума (asamblea) con poderes legislativos. Estas promesas eran suficientes para los demócratas liberales pero no para los socialistas. Sin embargo, la vuelta del ejército de Extremo Oriente posibilitó la represión de los insurrectos y el fin de la revolución.

Nicolás II no cumplió sus promesas. El zar, aunque convocó la Duma entre 1906 y 1916, no permitió ningún tipo de control político sobre su actuación, ni la participación real del pueblo, ni mucho menos la instauración de un régimen verdaderamente democrático. Entre 1906 y 1911, su primer ministro, Pedro Stolypin, realizó una serie de cambios encaminados a mejorar la situación del campesinado, que incluía la posibilidad de abandonar la comuna donde trabajaban o reformas en la propiedad agraria. Sin embargo, las medidas aplicadas fueron insuficientes, por lo que los campesinos siguieron viviendo en la miseria y reclamando tierra para trabajar.

5.3. La revolución de febrero de 1917

La entrada de Rusia en la Primera Guerra Mundial no contó con el apoyo decidido de la inmensa mayoría de la población, por lo que las derrotas en el campo de batalla, las pérdidas territoriales, la muerte de al menos dos millones de soldados rusos, acompañadas de una grave crisis económica, la escasez de alimentos y la acción decidida de los revolucionarios rusos provocaron la revolución de 1917.

La revolución rusa tuvo dos fases bien diferenciadas, la primera se inició en febrero de 1917 –marzo según el calendario gregoriano occidental–, y la segunda en octubre del mismo año –noviembre para occidente–. La revolución de febrero fue una revolución democrática, similar a otras que habían acontecido en Europa en el siglo anterior, pero derivó, por el impulso decidido de los dirigentes bolcheviques, hacia la instauración de un régimen comunista.

El origen hay que buscarlo en la oposición de la población a la participación de Rusia en la guerra mundial. Al descontento generalizado por la evolución de la contienda, se unió una importante crisis económica que provocó el desabastecimiento en las ciudades y, en consecuencia, la escasez de alimentos y el hambre. La población se movilizó provocando motines y huelgas en la capital San Petersburgo, nombre de raíz germana que recibió el de Petrogrado con el inicio de la guerra mundial.

En la capital se organizó un soviét de Diputados de los Obreros y Soldados, a lo que el zar reaccionó disolviendo la Duma. Sin embargo, ésta eligió un comité de parlamentarios que, desde estos momentos, compartió el poder en la ciudad con el soviét de obreros de Petrogrado. El comité de la Duma constituyó un gobierno provisional que tuvo como presidente al príncipe Lvov. Dentro del gobierno estaba el representante del partido Social Revolucionario, Alejandro Kerensky. El Zar intentó reconducir la situación y hacerse con el control el poder, pero los soldados de Petrogrado se habían sumado a la revolución, por lo que Nicolás II, sin la ayuda del ejército, tuvo que abdicar el 17 de marzo de 1917.

El gobierno provisional publicó un programa que mostraba su carácter moderado, democrático y constitucionalista, que recogía, entre otras cuestiones, la libertad de reunión y opinión, el derecho de huelga, la abolición de privilegios o la convocatoria de una asamblea constituyente elegida mediante sufragio universal masculino. Frente al poder del gobierno provisional se alzaba el poder del soviét de obreros que, formado por social revolucionarios, mencheviques y bolcheviques, defendía ideas socialistas. Este doble poder del gobierno y los soviets se mantuvo hasta el triunfo de la revolución bolchevique.

5.4. *La revolución de octubre*

La decisión del gobierno de no poner fin a la presencia rusa en la guerra mundial fue un hecho decisivo en el devenir de los acontecimientos. El gobierno entendió que la retirada de la contienda podía implicar una dura reacción de las potencias aliadas y la pérdida definitiva de vastos territorios, por lo que intentó convencer a obreros y soldados para continuar en la guerra como defensa del nuevo régimen democrático. Sin embargo, los soviets de Petrogrado y Moscú entendían como prioritario la salida inmediata de Rusia de la contienda, por lo que reaccionaron convocando manifestaciones y huelgas contra la decisión del gobierno. La llegada de Lenin a Rusia en abril de 1917, procedente de Suiza donde había pasado los años de la guerra, dio un nuevo impulso a la revolución. Lenin defendió, en sus famosas “tesis de abril”, el fin inmediato de la participación rusa en la guerra, la no cooperación con el

gobierno provisional –al que tachó de burgués–, exigió que el poder pasara a los soviets y se posicionó en contra de las democracias parlamentarias.

El gobierno provisional prometía reformas pero éstas no llegaban. Las revueltas se sucedían y se creaban soviets en toda Rusia, al tiempo que las derrotas continuaban en el frente. Con el empeoramiento de la situación, el gobierno provisional de Lvov tuvo que dimitir, y Alejandro Kerensky ocupó el puesto de primer ministro. En julio, los bolcheviques protagonizaron un levantamiento armado que fracasó, algunos de sus dirigentes fueron detenidos mientras que otros, como Lenin, lograron huir.

Al mes siguiente, un antiguo general zarista, Lavr Kornilov, intentó dar un golpe de estado dirigiendo sus fuerzas contra Petrogrado. Sin embargo, Kornilov fue derrotado por los soldados y revolucionarios presentes en la ciudad, con una actuación destacada de los bolcheviques. Este intento de golpe supuso el descrédito de Kerensky, mientras que significó el reconocimiento popular de los bolcheviques que, desde este momento, incrementaron su presencia en los soviets de todo el país. Lenin lanzó su consigna: ¡Todo el poder a los soviets!, al tiempo que supo interpretar la realidad de la situación y los deseos del pueblo ruso en un programa de cuatro puntos: paz inmediata con las potencias centrales, reparto de tierras entre los campesinos, control obrero de las fábricas y entrega del poder a los soviets. La influencia de los bolcheviques iba en ascenso, así el soviets de Petrogrado, que desde el principio estuvo en manos de social-revolucionarios y mencheviques, pasó, desde septiembre, a estar dominado por los bolcheviques, que colocaron como presidente a León Davidovich Trotski.

El 10 de octubre, Lenin imponía sus tesis revolucionarias en el Comité Central del partido bolchevique, que decidía llevar a cabo la insurrección para alcanzar el poder. Se fijaba la fecha del 25 de octubre –7 de noviembre en Occidente–, día en el que se celebraba en Petrogrado el II Congreso de Soviets de toda Rusia. En los días 24 y 25, la Guardia Roja dirigida por Trotski, junto con los marinos de la base de Kronstadt y grupos de soldados y obreros simpatizantes de los bolcheviques ocuparon los lugares claves de la ciudad, como la oficina de teléfonos, las estaciones de ferrocarril o las instalaciones eléctricas. Por último, la sede del gobierno, el Palacio de Invierno, fue ocupada el día 25, mientras que Kerensky huía con destino a EE.UU.

El Congreso de los Soviets nombró un nuevo gobierno, bajo el nombre de Consejo de Comisarios del Pueblo. Lenin fue el presidente, mientras que los restantes ministerios estuvieron ocupados, entre otros, por Trotsky, en Asuntos Exteriores; Stalin, en Nacionalidades; Lunacharsky, en Cultura; Antonov Ovseenko, como ministro de Guerra o Rykov, en Interior. Lenin presentó dos primeras medidas: las negociaciones para la consecución de una paz justa sin anexiones ni indemnizaciones y la confiscación de la propiedad de la tierra sin compensaciones para su distribución entre los campesinos.

Tras el triunfo de la revolución, el gobierno celebró las elecciones para la Asamblea Constituyente el 12 de noviembre de 1917. Los bolcheviques obtuvieron el 25% de los votos, mientras que los social-revolucionarios consiguieron el 60%. La Asamblea se constituyó en enero de 1918, e inmediatamente Lenin la disolvió. El líder bolchevique no había llevado a cabo la revolución para establecer un régimen democrático, sino para instaurar la dictadura del proletariado. Desde este momento, fueron prohibidos los partidos liberales y constitucionalistas, que pasaron a formar parte de las filas de la contrarrevolución, mientras que los mencheviques y social-revolucionarios mantuvieron la legalidad durante algunos meses. En marzo de 1918, el partido bolchevique pasó a denominarse Partido Comunista.

Uno de los graves problemas al que tuvo que enfrentarse el nuevo régimen fue la negociación de paz con las potencias centrales. Tras difíciles conversaciones, los dirigentes rusos firmaron el tratado de Brest Litovsk con Alemania, en marzo de 1918, por el que Rusia perdía Polonia, Finlandia, Letonia, Estonia, Lituania, Georgia y Ucrania. Pero, además de las grandes mermas territoriales, los problemas derivados de la participación rusa en la guerra vinieron de sus antiguos aliados, que se unieron a las fuerzas contrarrevolucionarias para acabar con el poder bolchevique.

Rusia se vio envuelta en una guerra civil con participación de las potencias extranjeras. Los bolcheviques estaban solos frente a los liberales, demócratas, burgueses y campesinos propietarios, a los que se fueron uniendo, según la represión se extendía, los social-revolucionarios y mencheviques; por otra parte, se enfrentaron a las potencias occidentales, que ayudaron al conglomerado contrarrevolucionario con la esperanza de conseguir la vuelta de Rusia a la guerra mundial. Las fuerzas internacionales estuvieron formadas por japoneses, que veían la posibilidad de ampliar su imperio a costa del ruso, estadounidenses, franceses e ingleses.

6. La victoria de los aliados

La revolución en Rusia provocó una difícil situación para las potencias aliadas que, sin embargo, se vio compensada con la entrada de los EE.UU. en guerra. Aunque, como hemos visto, tanto el presidente Wilson como la población eran partidarios de mantener la neutralidad, el cambio de táctica de Alemania en la guerra submarina facilitó la beligerancia norteamericana. En efecto, el bloqueo inglés hacía cada vez más daño a Alemania, por lo que el Alto Estado Alemán entendió que la única forma de sacudirse este problema y conseguir la victoria final era llevar la lucha submarina hasta sus últimas consecuencias. Así que Alemania reanudó, en febrero de 1917, el bloqueo naval a las Islas Británicas, con la advertencia al resto de países que hundiría cualquier

barco que se dirigiese a los puertos británicos, independiente de la mercancía que transportara. Los alemanes pensaban que, con esta táctica, podían acabar con Gran Bretaña en seis meses, tiempo que consideraban insuficiente para que EE.UU., en el caso de que les declarara la guerra, pudiera transportar sus tropas a Europa. Cuando el presidente norteamericano conoció la decisión alemana rompió las relaciones diplomáticas. Al mismo tiempo, la opinión pública americana conoció los términos del telegrama Zimmermann, lo que puso en alerta a muchos estadounidenses sobre la más que probable implicación de su país en el conflicto. El hundimiento de varios barcos con bandera estadounidense por submarinos alemanes supuso el fin de las reticencias. Estados Unidos declaraba la guerra a Alemania el 6 de abril de 1917. Aunque, en un principio, la guerra submarina consiguió el objetivo previsto: el hundimiento de un buen número de barcos y la reducción de reservas de alimentos en las Islas Británicas, las medidas puestas en marcha por los aliados, como cargas de profundidad, minas y, principalmente, la organización de desplazamientos en convoy –en el que iban barcos mercantes y de guerra–, disminuyeron su efectividad.

A la espera de la llegada de las tropas norteamericanas a Europa, el frente occidental, durante 1917, continuó estancado. Lo que no impidió desgastadoras batallas, como las de Passchendaele, en el verano de 1917, donde los ingleses perdieron cerca de 400.000 hombres, o la batalla de Caporetto, en octubre del mismo año, donde los italianos sufrieron una dura derrota con medio millón de bajas, entre muertos y prisioneros. Sin embargo, donde los aliados progresaron fue en Oriente Medio. Allí, los ingleses entraron en Bagdad, en marzo, y su oficial “Lawrence de Arabia”, al frente de tribus árabes, tomó Aqaba, en julio, mientras que tropas inglesas ocupaban Jerusalén en diciembre.



El Kaiser, Guillermo II, entre los generales Hinderburg y Ludendorff

En Alemania, las disensiones entre los dirigentes políticos y los mandos militares empezaban a ser evidentes. Mientras que el gobierno alemán deseaba abrir negociaciones con las potencias aliadas para intentar un acuerdo de paz, la cúpula militar, con los generales Ludendorff y Hindenburg a la cabeza, rechazaban cualquier tipo de pacto. Los responsables militares diseñaron un ataque masivo en el frente occidental, en marzo de 1918, con más de tres millones de soldados, que puede ser considerada la última gran ofensiva alemana. El avance fue espectacular en los primeros meses. Las tropas llegaron a cruzar el río Marne y se situaron cerca de París, que corría serio peligro. Pero el ejército francés dirigido por el general Foch, que había asumido la dirección de todas las fuerzas aliadas incluidas las tropas norteamericanas, detuvo el avance y contraatacó, haciendo retroceder a los alemanes hasta el río Aisne. Esta segunda batalla del Marne fue determinante para el fin de la guerra. El ejército alemán había realizado su último esfuerzo y estaba prácticamente agotado. Los aliados mantuvieron la iniciativa; los americanos, en septiembre, atacaron en la zona de la Argonne, en las Ardenas, mientras que los ingleses hacían lo propio en Flandes. Los generales alemanes reconocieron ante el kaiser su imposibilidad de ganar la guerra, y aconsejaron la formación de un gobierno, lo más plural posible, para enfrentarse a las negociaciones de paz.

Mientras, los países que habían luchado al lado de las potencias centrales fueron cerrando su participación en la guerra. Bulgaria firmó el armisticio en Salónica el 30 de septiembre. En Oriente Medio, los acontecimientos se sucedían vertiginosamente. Los ingleses, en colaboración con los árabes, tomaban Amán, el 25 de septiembre, y Damasco, a principios de octubre. Al mismo tiempo, los franceses entraban en Beirut. El 14 de octubre, Turquía pedía el alto el fuego y, el 30 de octubre, firmaba el armisticio en la isla de Maudros, en el Egeo.

Por su parte, Austria-Hungría iba a protagonizar su última batalla en el frente sur. Los italianos lanzaron una fuerte ofensiva a finales de octubre, cruzaron el río Piave y se dirigieron hacia Trento. El ejército trasalpino consiguió la decisiva batalla de Vittorio Veneto, con más de 400.000 prisioneros. Esta derrota supuso el fin del Imperio Austro-Húngaro, pero también el punto final para Alemania. El kaiser había nombrado el gobierno solicitado por los militares, y las negociaciones de paz comenzaron mientras continuaba la guerra. Las conversaciones se dilataban en el tiempo y no se llegaba a ningún acuerdo, además el General Ludendorff llevaba a cabo una política de destrucción en los territorios que abandonaba y de resistencia a ultranza, cuestiones que provocaron la desconfianza de los aliados. El gobierno alemán cesó a Ludendorff y puso en su puesto al general Groener. La caída de Austria-Hungría fue determinante para que los acontecimientos se precipitaran. La orden dada a los marineros alemanes para librar su última batalla naval contra los ingleses, a finales de octubre, provocó el amotinamiento de las tropas en el puerto de Kiel. A la rebelión de los marinos le sucedió la de los soldados del ejér-

cito de tierra y las sublevaciones de trabajadores en las principales ciudades alemanas. Las movilizaciones se extendían, y el 9 de noviembre el jefe del gobierno nombrado por el kaiser para las negociaciones de paz, el príncipe Max Von Baden, cedía el poder al líder del Partido Socialista Alemán, Friedrich Ebert, al que se consideraba como la única persona capaz de ejercer un control efectivo sobre el país. El mismo día, con el fin de evitar los disturbios y la actuación de una minoría revolucionaria, el kaiser Guillermo II fue obligado a abdicar. La comisión encargada de negociar con los aliados el fin de la guerra, dirigida por el católico Matthias Erzberger, firmó el armisticio el 11 de noviembre de 1918. La Primera Guerra Mundial había terminado.

7. Características de la Gran Guerra

La Primera Guerra Mundial tuvo unas características especiales. Era la primera vez que un conflicto bélico adquiría el carácter de mundial, pues habían participado países de todos los continentes y se había desarrollado en buena parte del mundo. También fue una guerra total porque no afectó sólo a los soldados que fueron a luchar al frente, sino que el conflicto repercutió en la población civil que se mantuvo en retaguardia. Todos los recursos se emplearon en la guerra y la industria se reconvirtió con el objetivo de producir materiales para el frente. Cada Estado intervino en todos los resortes de su economía, se pasó de un liberalismo económico al control exhaustivo en el comercio, la producción, la distribución de los productos, la moneda...

Durante la contienda aparecieron nuevas formas de guerra y nuevas armas. Con el estancamiento de los frentes, la guerra de trincheras fue la característica común. Los ataques en estas zonas mantenían un esquema básico: un fuerte ataque de artillería durante días, seguido de grandes oleadas de soldados de infantería. Las trincheras representan la imagen de esta guerra. Lugares insalubres con largas alambradas de espino, donde las condiciones eran inhumanas y se extendían las enfermedades; y entre trincheras, de uno y otro bando, una tierra de nadie donde se acumulaban los cadáveres.

En cuanto al armamento, la gran revolución fueron las ametralladoras, que se utilizaron de forma prominente en la guerra de trincheras ya que su capacidad de tiro destruía la formación de los atacantes. La artillería logró un gran desarrollo, su precisión y calibre aumentaron con el paso del conflicto. El cañón más espectacular fue el Gran Berta, construido por Alemania, con un calibre de 420 m/m. Aparecieron los carros de combate o tanques, utilizados, en primer lugar, por los ingleses. Los tanques tuvieron un gran desarrollo durante la contienda, aunque no alcanzaron el rendimiento de guerras posteriores. Se emplearon, principalmente, como apoyo a la infantería o para la destrucción de trincheras. Los productos químicos, que estaban prohibidos

por la Conferencia de la Haya de julio de 1899, hicieron su acto de presencia. El más popular fue el gas mostaza que producía ampollas en la piel y en las membranas mucosas; otros eran más letales como el fosgeno, gas asfixiante. En contra de ellos se inventaron las máscaras, que redujeron su efectividad.

En el mar, la mayor innovación fue la utilización del submarino por parte de Alemania. En contra de ellos se emplearon las cargas de profundidad, las minas y los convoyes que, como se ha visto, fueron de una gran utilidad. En el aire hay que señalar los famosos zeppelines, que fueron utilizados para el bombardeo de ciudades, pero con escasa repercusión. Los aviones de caza aparecieron en 1915, aunque su momento estelar vino más adelante. El alemán Von Richthofen –el “Barón Rojo”– fue el aviador más conocido de la guerra, prototipo de caballeridad de la época y héroe nacional. Aparecieron las fotografías aéreas, los lanzabombas y la inclusión de la ametralladora en los aviones, pero también la artillería antiaérea. En cuanto a los transportes los más utilizados fueron el ferrocarril y el automóvil, mientras que en comunicación fueron esenciales la radio, el teléfono y el telégrafo.

En un breve balance de pérdidas humanas, hay que señalar que la guerra costó 10 millones de muertos, mientras que los heridos se cifran en aproximadamente el doble. Cada una de las principales potencias sufrió una pérdida de entre uno y dos millones de soldados. Por su parte, EE.UU. tuvo más de 100.000 muertos, y es que el ejército norteamericano sólo combatió los últimos meses de la guerra, aunque su intervención fue decisiva para la victoria final de los aliados.

Resumen

Causas y oposición a la guerra

El detonante de la Primera Guerra Mundial fue el asesinato del heredero del trono austro-húngaro, archiduque Francisco Fernando, pero las causas profundas que originaron la gran contienda hay que buscarlas en el enfrentamiento entre imperios y el avispero nacionalista en los Balcanes.

La oposición más importante al uso de la fuerza correspondió a los partidos socialistas. Así lo señalaron en el Congreso de la II Internacional celebrado en Stuttgart, en 1907. Pero, llegado el momento, los trabajadores de todo el mundo ocuparon su puesto en la trinchera del patriotismo y abandonaron la de la unidad de clase.

El desarrollo de la contienda

Al principio de la guerra, cinco potencias se distribuyeron en dos bandos: por un lado, las potencias centrales, Alemania y Austria-Hungría; por otro lado, los aliados, Francia, Gran Bretaña y Rusia. En los meses siguientes diversos países se fueron añadiendo a uno y otro bando: Turquía y Bulgaria lo hicieron a las potencias centrales; Japón, Italia, Portugal y Rumanía al bando aliado, al igual que Estados Unidos, que lo haría en abril de 1917. España se mantuvo neutral.

Alemania puso en marcha el Plan Schlieffen, que pretendía una victoria rápida contra Francia para poder atender el frente ruso. Sin embargo, los franceses resistieron y lograron estabilizar el frente occidental. Por su parte, la contienda en Rusia también quedó paralizada. Así que la guerra de movimientos dio lugar a una guerra de posiciones, donde las trincheras se convirtieron en el símbolo de la Gran Guerra para las generaciones venideras.

Una guerra mundial

La entrada de Japón en la contienda contra Alemania, con la pretensión de apoderarse de sus zonas de influencia en China y posesiones en el Pacífico, implicó la mundialización del conflicto.

La batalla en el mar sería determinante para la entrada de EE.UU. en la contienda. Los submarinos alemanes bloquearon cualquier intento de suministro

a las islas británicas. Su acción provocó el hundimiento de un buen número de barcos y la muerte de pasajeros, entre ellos estadounidenses, lo que significó, primero, la advertencia, y, posteriormente, la entrada de EE.UU. en la contienda.

La revolución rusa

Otro acontecimiento de gran magnitud fue determinante no sólo en la evolución de la Primera Guerra Mundial sino en las décadas siguientes: la revolución rusa. En febrero de 1917, la Rusia zarista vivió una revolución democrática, similar a lo acontecido en otros países de Europa. Pero en octubre los bolcheviques lograron hacerse con el poder e instaurar un régimen comunista. Mediante el Tratado de Brest Litovsk, con Alemania, pusieron fin a su participación en la guerra. Sin Rusia, pero con EE.UU. en el bando aliado, cuya participación fue determinante, la guerra enfiló hacia su final.

Características de la Gran Guerra

La Primera Guerra Mundial tuvo unas características especiales: el conflicto bélico tuvo, por primera vez, una dimensión mundial; fue una guerra total, porque afectó no sólo a los militares en los frentes, sino también a los civiles de la retaguardia; los países supeditaron todos sus recursos a la contienda; los Estados controlaron su economía, dejando a un lado el librecambismo; aparecieron nuevas armas y vehículos como los tanques; mientras que en el mar la gran innovación fue la utilización del submarino; y, sobre todo, ninguna guerra había llegado a alcanzar los 10 millones de muertos como sucedió con la Primera Guerra Mundial.

Cronología

- 1914: Asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero de Austria-Hungría (VI). Declaraciones de guerra en cascada entre las potencias (VII-VIII). Alemania pone en marcha el Plan Schlieffen (VIII). Japón entra en la guerra junto a los aliados (VIII). Victoria franco-inglesa en la batalla del Marne. Estabilización del frente (IX).
- 1915: Japón pone bajo su protectorado a Manchuria y China del Norte (I). Alemania comienza el bloqueo de las islas británicas (II). Batalla en la

Península de Gallipoli, con más de 450.000 bajas (IV). Hundimiento del Lusitania, con cerca de 1.200 pasajeros (V).

- 1916: Batalla de Verdún, con medio millón de bajas por bando (II). Batalla naval de Jutlandia, entre Alemania y Gran Bretaña (V-VI). Batalla del Somme, con más de un millón de bajas entre ambos bandos (VII).
- 1917: Telegrama de Zimmermann (I). Revolución democrática en la Rusia zarista (II). Reanudación del bloqueo naval de Alemania a las islas británicas (II). Entrada de EE.UU. en la guerra (IV). Revolución Bolchevique en Rusia (X).
- 1918: Tratado de paz de Brest Litovsk entre Rusia y Alemania (III). Segunda Batalla del Marne, con derrota alemana (III). Avance de los aliados en Oriente Medio (X-XI). Armisticio y fin de la Primera Guerra Mundial (XI).

Bibliografía

Las obras clásicas sobre relaciones y poderes internacionales de P. RENOUVIN (*Historia de las relaciones internacionales*, tomo II, vol. II, Madrid, Aguilar, 1964 -posteriores ediciones en Ed. Akal), Ch. ZORGBIBE (*Historia de las relaciones internacionales*, vol. I, Madrid, Alianza, 1997), P. KENNEDY (*Auge y caída de las grandes potencias*, Madrid, Globus, 1994) y P. GIRAULT y R. FRANK (*Turbulente Europe et nouveau mondes, 1914-1941*, Paris, Masson, 1988) continúan siendo referencia general de estudio. El propio RENOUVIN escribió hace tiempo una obra todavía insustituible: *La crisis europea y la I Guerra Mundial (1904-1918)*, Madrid, Akal, 1990, y sustanció para los estudiantes en pocas páginas, originalmente editadas por la Presses Universitaires de France, sus profundos conocimientos en *La Primera Guerra Mundial*, Madrid, Oikos-Tau, 1983. Con una perspectiva plural (cómo se vivió, cómo se hizo, cómo repercutió en las políticas y en las sociedades la contienda) debe recordarse la obra, ya veterana y en su día innovadora, de M. FERRO, *La Gran Guerra (1914-1918)*, Madrid, Alianza, 1984. La diversidad enriquecedora de enfoques posibles resultan patentes en muchas obras, entre las que aquí seleccionamos: D. STEVENSON, *Armaments and the Coming of War. Europe 1904-1914*, Oxford. Clarendon Press, 1996 (documentado estudio de las tensiones conducentes a la guerra en clave de política militar continental); H.H. HERNIG, *The First World War. Germany and Austria-Hungary, 1914-18*, London, Arnold, 1997 (análisis desde los Imperios Centrales, en los que verifica las dificultades de recursos e ineficacia estratégica); J.H. MORROW, Jr., *La Gran Guerra*, Edhasa, 2008 (que ofrece una perspectiva social y extraeuropea de la contienda, relacionada con su estirpe imperialista).

Lecturas

REMARQUE, Erich Maria. *Sin novedad en el frente* (1929) (El relato de la vida cotidiana de un soldado durante la guerra. Es un alegato antibelicista) [Barcelona, Edhasa, 2009].

CHEVALLIER, Gabriel. *El miedo* (1930) (Una cruda narración de la vida cotidiana de un joven soldado durante la guerra y una crítica a los ideales de la guerra y a la idea de patria. Es en parte autobiográfica). [Barcelona, El Acanalado, 2009].

REED, John. *Diez días que estremecieron al mundo* (1919) (Crónica diaria y minuciosa de los hechos de la revolución de Octubre, contada de primera mano por un testigo de la época) [Madrid, Akal, 2004].

PASTERNAK, Boris. *Doctor Zhivago* (1957) (Novela ambientada en el período de la revolución rusa y en la guerra civil posterior. Interesante para estudiar cómo afectó la revolución al estilo de vida de las clases más acomodadas de la sociedad rusa) [Barcelona, Anagrama, 2005].

Ejercicios de autoevaluación

1. ¿Qué causas económicas, sociales y políticas provocaron la Primera Guerra Mundial?
2. ¿Qué diferencias hubo en la actuación de los partidos socialistas europeos ante la inminencia de la guerra?
3. ¿Qué importancia tuvo la batalla en el mar para el resultado final de la contienda?
4. ¿Qué decisiones toma Lenin que impulsaron el triunfo de la revolución bochevique?
5. ¿Qué circunstancias llevaron a EE.UU. de la neutralidad a la beligerancia?